

Amor y mecanografía

por Manuel L. Alonso

Fue en septiembre. Unos días antes del comienzo del curso, la capital se llenaba de muchachas acompañadas por sus madres que llegaban en tren o en coche de línea por la mañana y pasaban el día al pasitrote de un lado para otro cumplimentando los trámites de la matrícula. Era preciso solicitar y rellenar impresos, hacer fotos y fotocopias, guardar fila, desembolsar algún dinero... y nada de ello resultaba demasiado fácil para la buena madre, poco acostumbrada a esos jaleos. Muy tarde conseguían por fin sentarse a una mesa en un restaurante discreto, y descalzarse subrepticamente y repasar, entre suspiros de la madre, las diligencias ya resueltas y las que quedaban pendientes.

Con suerte, despachaban el asunto en un solo día, y al mes siguiente ya podía ir la hija a la capital para estudiar cualquiera de esas carreras o carreritas que al parecer son imprescindibles hoy en día para cualquier cosa.

Fue en septiembre, pues, cuando esa madre y esa hija en particular hicieron su modesto viaje, muy temprano, con el mismo propósito que tantas otras. Precisamente en septiembre. Septiembre es un mes muy traicionero para las cosas del amor. En septiembre es en realidad cuando el organismo se renueva, y las hormonas andan alborotadas y las glándulas no saben si van o vienen. No hagáis caso a los poetas. Dejadles con su cuento de que la primavera es la estación del amor. De amor físico, los poetas, no

suelen saber gran cosa. Si lo practican como es debido no perderían el tiempo rimando «anhelo» con «desconsuelo» y cosas por el estilo. No es en primavera sino en otoño cuando la sangre bulle y las jovencitas se abrazan a la almohada en sus largas noches solitarias.

Bien.

Junto a ellas, había viajado en el coche de línea un galán casi imberbe. Separados sólo por el angosto pasillo, y por tanto tan próximos que el joven podía oler el perfume de los cabellos de la chica, el viaje se les había hecho tan corto a ambos que ni él encontró un medio de iniciar la conversación ni a ella se le ocurrió una triquiñuela para facilitar el acercamiento. Llegaron así, pues, a su destino preguntándose ambos si volverían a verse, y cruzaron, al descender del vehículo, una mirada, una sola, que de haber sido más experimentado el galán le habría bastado para alimentar esperanzas. Pero sorprendida a medias esa mirada por la inoportuna madre, la muchacha hubo de fruncir el ceño y dirigir la vista a otro sitio y él quedó tan alicortado que no se atrevió a seguirlas.

Fue, como cada mañana, a la academia donde se preparaba para ser, como casi todo español, funcionario del Estado. A primera hora tenía clase de mecanografía, y puesto que ésa le parecía una disciplina mecánica para la que no se necesita demasiada concentración, se dedicó a teclear distraídamente mientras pensaba en la

muchacha. Sacudía las teclas a un ritmo que desde luego no bastaba para hacerlas echar humo, y suspiraba. Estaba enamorado. Aquello le ocurría no menos de dos veces por semana, pero nunca le había acometido de una manera tan violenta. Esos ensueños procaces, el deseo ferviente de buscar a la muchacha por toda la ciudad y raptarla e irse a vivir con ella, ¿no podían llamarse amor? No existe pasión más fuerte que el enamoramiento de un adolescente, por más que sus síntomas hagan sonreír estúpidamente a los adultos.

Y mientras tecleaba y tecleaba, pensando y pensando en su bella del ceño fruncido y los largos cabellos (que eran casi lo único que había podido admirar contemplándola al bies en el autobús), halló una magnífica idea. Podía adivinar el motivo del viaje de madre e hija a la capital y podía, sobre todo, conjeturar con razonable seguridad, que volverían ese mismo día y por el mismo medio. Sólo tenía por tanto que ir a la estación de autobuses y montar guardia con paciencia; antes o después tendría la ocasión de verla de nuevo.

Pero ¿y entonces? ¿No corría el riesgo de quedarse falto de recursos, de dejar pasar la oportunidad? Lo mejor, lo más prudente, sería llevar preparado algo. Una nota, por ejemplo, con la indicación de su número de teléfono. Mejor aún: ¡una carta de amor!

Y pensado y hecho. Con la natural lentitud habida cuenta de su todavía



ÁNGEL ESTEBAN.

escasa práctica en el arte de la mecanografía, allí mismo pergeñó una breve nota, tres o cuatro frases vivas, ardientes, en las que no olvidaba los elogios a «ese ceño fruncido que me gustaría desarrugar con un beso» y prometía que «nunca olvidaré el perfume de tus cabellos». Añadió también el imprescindible número telefónico y salió, con un pretexto, a buena velocidad, camino de la estación de autobuses.

La espera fue larga, toda la mañana y parte de la tarde, pero un amor recién nacido todo lo resiste. Comió un bocadillo, a ratos se sentaba, a ratos se paseaba, vio partir y llegar a un centenar de autobuses y tragó los humos del escape de todos ellos. Y por fin, cuando ese dorado día de septiembre viraba al color melocotón del crepúsculo, las vio.

Aprovechó el momento en que la madre buscaba dinero suelto para pagar los billetes, se adelantó valiente-

mente y entregó a su amada la nota. Ella la leyó, con cierta alarma del enamorado, allí mismo.

Se volvió hacia él.

Él había previsto todas las reacciones posibles. El rubor, la sonrisa cómplice, el disimulo, incluso la indiferencia. Lo único que no había esperado, por impensable, por demasiado cruel, era ese ademán de enojo y desprecio con que ella le devolvió la carta convertida en arrugada pelota.

Luego las vio subir a su autobús y partir, y sólo mucho más tarde, todavía aturdido, se animó a desarrugar el papel para releer su misiva, como esperando contra toda lógica hallar allí la clave de la actitud de la bella.

Y sí. Allí estaba. Pequeños errores. No errores tácticos, que éstos, entre adolescentes, no tienen importancia. Errores mecanográficos; muy pocos, para ser un principiante en lo de escribir a máquina: la ausencia de una sílaba en esta palabra y en aque-

lla otra, y una letra cambiada en otro lado. Nada más. Pero hay un duende que se esconde entre las teclas de las máquinas de escribir, y se entretiene haciendo travesuras, como bien saben los escritores. Y allí donde debería decir «nunca olvidaré el perfume de tus cabellos», se leía «nunca olvidaré el perfume de tus callos».

Y el autor de la carta, que se autopresentaba modestamente como «uno de los pasajeros del autobús», había quedado por las malas artes del duende de la mecanografía convertido en «uno de los pajeros del autobús». Y con todo, lo peor no era eso: lo peor, acaso, era aquella única letra equivocada en una palabra tan sencilla, que transformaba «ese ceño fruncido que me gustaría desarrugar con un beso» en otra cosa que los enamorados incipientes no tienen derecho a desarrugar por ningún medio, ni siquiera a mencionar, y mucho menos el primer día y por escrito.